

SAMANIEGO, FÉLIX MARÍA (1745–1801)

*VERSIÓN PARAFRÁSTICA DEL "ARTE POÉTICA" DE HORACIO*

ÍNDICE

I

Crítica universal para conocer el mérito de cualquier obra y escribir con perfección, materia y partes del poema y su necesaria conexión con el resto de la obra

II

En qué consiste la elegancia y propiedad de las palabras y de los versos

III

Trata de las personas que componen el drama; éstas o son conocidas o nuevas o ignoradas; qué se debe observar con unas y otras

IV

Trata separadamente de las partes del poema: principio, medio y fin

V

Trata más directamente de las diversas costumbres que corresponden a diversas edades y personas

VI

De la tragedia y comedia: del número de sus actos, del oficio del coro y de la música, de las fábulas satíricas, del verso yambo, de los inventores de la tragedia y comedia antigua, y de los que posteriormente versaron en uno y otro drama

VII

Propone ciertos preceptos generales: que la ciencia o filosofía, especialmente moral, es principio y fuente de escribir bien; que se debe aprender desde la niñez, cómo los poetas pueden deleitar y enseñar; que la poesía es semejante a la pintura, que sólo la perfecta debe ser estimada; que, no obstante, se deben disimular las imperfecciones ligeras; que la naturaleza, el arte, el trabajo y el exacto juicio de un censor prudente, forman y cultivan al poeta

# I

*Crítica universal para conocer el mérito de cualquier obra y escribir con perfección, materia y partes del poema y su necesaria. Conexión con el resto de la obra*

Si a una cabeza humana,  
muy peinada a la moda y muy galana,  
le añadiera un pintor plumas de gallo  
y un pescuezo de burro o de caballo;  
si juntando las piezas desiguales  
de varios animales  
por último en el lienzo retratará  
una mujer de lindo talle y cara  
con alas de avestruz o de gallina  
y cola de merluza o de sardina,  
¿quién, amigos Pisones,  
dejara de reírse a borbotones?  
Pues a este lienzo semejante fuera,  
el poema o quimera,  
cuyas partes sin tino colocadas,  
no fuesen a una forma conspiradas,  
cual especie fantástica o locura  
de quien sueña teniendo calentura.  
No hay duda que poetas y pintores  
siempre han sido legítimos señores  
de fingir y mentir, más que otra gente,  
lo sé muy bien y todos mutuamente  
nos pedimos y damos  
este gran privilegio que gozamos.  
Mas no por eso se nos da licencia  
de escribir y pintar sin congruencia,  
de suerte que se junten como amigos  
dos animales entre sí enemigos,  
o se tengan cariño verdadero  
el tigre y el cordero,  
las aves y serpientes.  
Suelen ser graves, altos y excelentes  
muchos exordios, pero ¿en qué consiste?  
En que cualquier autor su exordio viste  
con un bello remiendo o porción buena  
de alguna tela ajena.  
Empieza a hurtar de gana:  
ya pinta el bosque y templo de Diana,  
ya el inquieto arroyuelo  
que corre por el suelo,

ya el Ródano, ya el Rhin, ya el arco hermoso  
a quien llamaron iris o lluvioso.  
Todo eso ahora no venía al caso,  
como si por pintar el cruel fracaso  
de un naufragante triste y afligido,  
un ciprés me pintaras muy erguido.  
Formar quiso primero  
un cántaro de barro el alfarero,  
y en lugar de esta alhaja,  
torcido el molde, sale una tinaja.  
Tenga, pues, el poema  
ordenadas sus partes solo a un tema.  
También nos engañamos  
muchos poetas creyendo que acertamos:  
la brevedad procuro,  
y entonces el poema sale oscuro;  
quiere otro hablar pulido y elegante,  
pero le falta el nervio y no es constante;  
habla el otro pomposo,  
pero le hace su pompa fastidioso.  
El que escribe atendiendo a los temores  
de rígidos censores,  
que reparan el ápice y la tilde,  
nunca se eleva y siempre queda humilde.  
El que quiere agradar con novedades  
forja mil falsedades,  
y pintará a un delfín, si se le apura,  
de un bosque en la espesura;  
y si más le apurares  
a un jabalí lo pintará en los mares.  
Si al deseo de no errar falta artificio,  
eso mismo es errar, es culpa y vicio.  
Junto al fuego emiliano  
veréis un escultor de insigne mano  
en imitar las uñas o cabellos,  
las barbas o los cuellos,  
pero después le falta igual destreza  
para formar el resto de la pieza.  
Tan fea, pues, sería esta figura,  
como aquel que perdiese su hermosura  
por tener en su cara  
una nariz de avara.  
Vosotros, seáis quien fuereis,  
si libros o poemas escribiereis,  
con reflexión muy seria  
escoged solamente la materia

propia de vuestras fuerzas y talentos.  
Quien trata sus asuntos o argumentos,  
después de haberlos antes escogido,  
meditado muy bien y prevenido,  
ése escribirá luego dignamente:  
metódico, juicioso y elocuente.  
Y yo tengo por cierto  
que todo orden, método y concierto  
de poemas y de obras primorosas  
se reduce a decir aquellas cosas  
que al presente parezcan oportunas,  
a dejar varias, dilatar algunas.  
La musa, que no es necia  
un pensamiento elige, otro desprecia.

## II

*En qué consiste la elegancia y propiedad de las palabras y de los versos*

Has de ser parco, cauto y aun severo  
en traer a tu idioma el extranjero:  
si quieres que un común vocablo sea  
de grande hermosa idea,  
dale una trabazón artificiosa;  
si hablares en materia misteriosa  
y que aún no han sido los Cétegos,  
bebe en la inmensa fuente de los griegos,  
porque entonces tendrás justa licencia  
para inventar palabras con prudencia.  
¿Qué autoridad mayor tener pudieron  
para aplicar las voces que quisieron  
a su nativo idioma  
los escritores de la antigua Roma?  
Si así lo pudo hacer Plauto y Cecilio,  
¿por qué no lo han de hacer Vario y Virgilio?  
Si Ennio, si Catón u otros romanos  
tuvieron francas manos  
para aumentar su lengua,  
¿cómo podrá ser mengua  
que yo y cualesquiera hombres  
añadan a su idioma nuevos nombres?  
Con tal que alguna voz venga ajustada  
al cuño de tu lengua, dale entrada.  
Cuando el invierno crudo  
deja a un árbol desnudo

de aquel hermoso traje  
que le daba su pompa y su follaje,  
las hojas que primero se cayeron  
suelen ser las primeras que nacieron.  
Así pueden tener iguales quejas  
las palabras más rancias y más viejas,  
que de puro sabidas  
son ya olvidadas, muertas o abolidas,  
entrando en lugar de ellas  
otras de moda, más o menos bellas,  
mientras que sus verdores juveniles  
pasen a ser diciembres desde abril.  
Todo es caduco, y todo de esta suerte  
perece con la muerte.  
Lo que antes era tierra,  
hoy en su seno un puerto hermoso encierra;  
lo que antes fue laguna dilatada,  
hoy es una campiña cultivada:  
unas cosas reviven, otra nacen,  
unas se truecan, otra se deshacen.  
Así, también las voces  
se van mudando a pasos muy veloces.  
Serán de moda un día  
las voces que nos causan armonía;  
y las que hoy son de moda,  
verán perdida su armonía toda,  
pues el lenguaje humano  
sobre el uso es el dueño soberano.  
El heroico Homero  
fue el poeta primero  
que cantó en alto estilo las hazañas  
de reyes, héroes, guerras y campañas.  
Los sucesos fatales  
se lloraron en versos desiguales,  
mas también la elegía  
sirve ya al regocijo y alegría.  
De este metro elegíaco hasta ahora,  
quién haya sido el inventor se ignora,  
Arquíloco, inventor del verso jambo,  
usó de su invención contra Licambo.  
Usaron después de él en las comedias,  
en dramas y tragedias,  
por ser sus pies o sílabas vulgares,  
propios para coloquios familiares.  
Las musas, con el dios que las inspira,  
destinaron la lira

a celebrar deidades,  
triumfos, heroicidades,  
un convite opulento,  
un caballo más rápido que el viento,  
un atleta aplaudido,  
un juego divertido,  
los campos, los jardines, los pensiles,  
y los varios afectos juveniles.  
Mas, si acaso no entiendes,  
cuando un poema emprendes,  
su propiedad, carácter y artificio;  
si, aunque ingenioso, te faltare el juicio,  
si tu verbosa musa no es discreta,  
no mereces el nombre de poeta.  
Ocultas tu ignorancia, cauteloso,  
en fuerza de un pudor ignominioso,  
porque quieres vivir siempre ignorando,  
más que saber oyendo y preguntando.  
La que es comedia no se adorna o viste  
con trágica expresión e idea triste,  
con azares funestos,  
con muertes, con desgracias, con arrestos.  
Al contrario también, si en verso llano  
el convite me cuentas inhumano  
de Tiestes, sería  
la tragedia más fría,  
cuando la historia dice  
que aquel padre infelice,  
sin saberlo comió a sus propios hijos.  
Tengan los poemas sus asuntos fijos,  
su proporción e innata diferencia.  
Tal vez, no obstante, con mayor vehemencia  
la comedia su estilo y voz levanta,  
se irrita Cremes, riñe, asombra, espanta;  
y el trágico, afligido,  
habla en estilo humilde y abatido.  
Si Télefo o Peleo te agradaren  
y el drama o acción trágica formaren  
errantes fugitivos,  
víctimas de los hados vengativos,  
no has de dar expresiones elevadas  
a sus personas pobres y humilladas.  
Ni basta que el poema sea hermoso,  
debe así mismo ser suave y gustoso  
para que los afectos  
hagan en los oyentes sus efectos.

La humanidad por cierta simpatía  
baña nuestros semblantes de alegría,  
cuando, a no ser ruines y envidiosos,  
vemos a otros contentos y gozosos;  
mas si llorar miramos  
también nos condolemos o lloramos.  
¿Quieres que yo me duela y llore al verte?,  
pues tú mismo primero has de dolerte.  
Si a Télefo y Peleo  
lástimas oigo hablar y tristes veo,  
entonces su aflicción y su quebranto  
a mis ojos también sacará el llanto.  
Pero si su papel cada uno hiciera  
contra su condición y propia esfera,  
yo con mucha razón me dormiría  
o si no a carcajadas me reiría.  
Han de ser las palabras semejantes  
a los gestos, acciones y semblantes:  
si el semblante es risueño,  
sea el hablar alegre y halagüeño;  
si triste el gesto y rostro me pusiste,  
debes hablarme triste;  
si te irritas sin término y sin freno,  
sea cada palabra un rayo o trueno;  
si el semblante tuvieres serio o grave,  
has de hablar ni violento ni suave,  
sino con gravedad, con entereza.  
Sabia naturaleza,  
a Témpera oportuna,  
nuestro genio y pasión a la fortuna  
y sus efectos propios nos inspira:  
nos mueve a gusto, a pena, dolor, ira,  
y en instantes veloces  
hacia fuera se explica con las voces.  
Si no fuere el hablar proporcionado  
a la persona que habla y a su estado,  
la gente congregada  
de risa soltará la carcajada.  
Importa reparar en todo el drama  
quién es el que habla, si es el amo o ama,  
o si es acaso Davo,  
paje o criado, cocinera, esclavo;  
si es por ventura un viejo setentón  
o si es algún mozo ardiente o fanfarrón;  
si es dueña, si es matrona respetable;  
si es asirio, si es Colco formidable;

si es acaso un tebano perezoso  
o un griego culto, vano y ambicioso.

### III

*Trata de las personas que componen el drama; éstas o son conocidas o nuevas o ignoradas; qué se debe observar con unas y otras*

En describir personas ten memoria  
de seguir su carácter o la historia.  
Sea Aquiles terrible,  
violento, audaz, intrépido, inflexible,  
diga que las repúblicas y reyes,  
que las humanas y divinas leyes  
son poco personaje  
para que él les ofrezca su homenaje;  
diga que no hay justicia declarada,  
mas que sólo el antojo de su espada.  
Medea debe ser impía y rabiosa,  
Ino triste y llorosa,  
Ixión alevoso,  
Ixís errante, Orestes querrelloso.  
Si tu numen blasona  
de sacar al teatro una persona  
antes desconocida,  
sea siempre a sí misma parecida;  
en su carácter guarde congruencia  
desde el principio al fin sin decadencia.  
Es difícil intento  
tratar con propiedad un argumento  
que antes nadie trató; no es imposible,  
pero es más asequible  
adornar lo que hizo otro primero.  
Si de la grande Ilíada de Homero  
formamos algún drama, en mi dictamen  
sin otro algún examen,  
más gloria merecieras  
que si un caso inaudito refirieras.  
Un asunto ta...nal  
lo harás muy pro... y especial,  
si no sigues el orden y contexto  
del prototipo original, o texto,  
si añades, quitas, truecas, como autor  
y no como si fueras traductor  
evitando lugares



de donde recelares  
que no podrás salir sin sonrojarte  
o sin faltar al arte.

#### IV

*Trata separadamente de las partes del poema: principio, medio y fin*

Ni tu exordio ha de ser tan retumbante  
como el de cierto autor necio y pedante:  
"De Príamo en su propia infausta tierra  
la suerte cantó y una noble guerra".  
Ilustre exordio si el autor no cesa  
de dar el lleno todo a su promesa.  
Mas ¿qué sucede? Atiende. Dan bramidos  
con dolores de parto conmovidos  
los montes elevados,  
las cumbres, los peñascos, los collados,  
y, al cabo de su grande emoción,  
parieron un ratón.  
¡Cuánto más sabiamente  
aquel poeta prudente  
que os ruego siempre vuestro ejemplar sea  
comenzó así su heroica Odisea!:  
"Cuéntame aquel varón, Musa divina,  
que después de la trágica ruina  
de Troya, conoció muchas naciones  
y anduvo muchos pueblos y regiones".  
No levanta al principio un alto fuego  
que en humo fatuo se disipe luego.  
Mas de un exordio al parecer oscuro,  
a modo de cimiento el más seguro,  
va sacando a la luz tantos portentos  
como páginas tiene y ....  
Pinta al voraz Antífanes campano,  
al Cíclope inhumano,  
a Escila y a Caribdis; ni el camino  
del griego Diomedes peregrino  
lo empieza a referir desde la muerte  
de Meleagro, el Calidonis fuerte;  
ni la guerra de Troya  
comienza con la fábula o tramoya  
de que Lucina diestra  
sacó de un huevo a Helena y Clitemnestra.  
Omite el grande Homero

cualquier superfluidad con tanto esmero  
que toda su atención  
la lleva el desenlace de la acción.  
Tal vez también su habilidad suprema,  
en medio del poema,  
al lector entretiene  
con bellos episodios que previene;  
ni otros enlaza que enlazar pudiera,  
sólo porque adornarlos bien no espera.  
Finge mezclar verdades con ficciones,  
pero en sus invenciones  
la verdad y ficción van consiguientes:  
sus medios siempre son correspondientes  
al principio o exordio que propone,  
luego a medios y exordio el fin depone.

V

*Trata más directamente de las diversas costumbres que corresponden a diversas edades  
y personas*

Si al teatro tener quieres propicio,  
cuando se ocupa en el ... oficio  
de ver representar las obras tuyas  
y que de alegres vítores arguyas,  
el gusto con que ha sido  
has de estar advertido  
en pintar bien el genio y propiedades  
de todas las edades,  
dando al tiempo que corre sucesivo  
el natural adorno y distintivo.  
Es cosa competente  
a un niño balbuciente  
que empieza a hacer pinitos  
hablar en lloros, explicarse a gritos,  
enredar con cuanto halla por delante,  
reírse y enojarse a cada instante.  
El joven desbarbado,  
en viéndose sin ..., mal domado,  
echa por esos cerros  
dado a caballos y más dado a perros;  
para el vicio es de cera  
y de acero al aviso se espera,  
pródigo a un tiempo mismo y codicioso  
en mirar por si tardo y perezoso,

soberbio, y si algo ha amado  
no bien lo amó, cuando lo ha dejado.  
Cuando asoman los años varoniles,  
muertas las aficiones juveniles,  
busca la edad riquezas y amistades,  
honor y dignidades;  
su advertida cautela  
engolfarse recela  
en asunto escabroso  
donde sea el salir dificultoso.  
La vejez para todos los mortales  
es un continuo manantial de males:  
el viejo codicioso,  
cuanto dinero guarda tiene ocioso;  
suda, si sudar puede, por ganarlo;  
va con su mano trémula a encerrarlo  
en la triste naveta  
que con dos, tres o más llaves aprieta  
y lejos de gastar  
nunca la vuelve a abrir sin embolsar.  
Por lo demás es tímido y cobarde,  
a todo llega tarde  
en negocio que pida algún desvelo,  
es un tronco, un carámbano o un hielo.  
Responde dando largas a cualquiera,  
y de muy buena gana se añadiera,  
al montón de los años que ha vivido,  
otro centenar más, si uno ha cumplido.  
Siempre está, ya se ve, de mal humor,  
ya le aflige el dolor  
de la gota, del vientre, de la vista;  
quejumbroso sin fin, panegirista  
de mil proezas, mil habilidades  
que se estilaban en sus mocedades.  
Aristarco feroz, censor cruel  
de cuantos no son viejos como él.  
Murmura y muerde todo lo presente  
y, si no puede hincarle, muestra el diente.  
Cuanto bueno nos trae y solicita  
la edad perfecta, la vejez nos quita.  
En edades tan varias  
advierte cuán opuestas y contrarias  
son las inclinaciones  
para que proporciones  
las que de suyo a cada edad convienen  
o más propia alusión con ellas tienen.

Unas cosas el teatro representa,  
otras algún actor, como echas, cuenta.  
Las que se ven representar al vivo  
tienen más atractivo,  
que las que se perciben de palabra .  
Nadie la función abra  
de la escena o teatro remedando  
lo que debiera declararse hablando,  
o suponer que adentro ha sucedido.  
Ni el pasaje a de ser tan atrevido  
que en las tablas se vea  
a la cruel Medea  
despedazar sus hijos, ni de Atreo  
el caso horrible y feo  
de guisar y comer miembros humanos,  
ni los celos tiranos  
de Progne se remedan con su ruina  
haciendo se convierta en golondrina,  
ni en sierpe Cadmo, el fundador de Tebas,  
es imposible que mi afecto muevas.  
Con estos espectáculos atroces,  
ni yo a tus maravillas y a tus voces  
daré crédito alguno. La tragedia,  
como también cualquier drama o comedia,  
si ha de gustar a gentes cultivadas,  
tenga cinco actos cortos o jornadas.

## VI

*De la tragedia y comedia: del número de sus actos, del oficio del coro y de la música, de las fábulas satíricas, del verso yambo, de los inventores de la tragedia y comedia antigua, y de los que posteriormente versaron en uno y otro drama*

No hagan papel alguno las deidades,  
a no haber una o más dificultades  
de tan arduo remate y desenlace  
que haya de ser un dios quien las deshace.  
La acción en tres personas se reparta,  
ni sin causa pondrás persona cuarta.  
El coro, mientras se habla, nada cante  
que no venga al asunto. Un comediante  
o actor ha de tener interesado  
el coro a su favor, como asociado.  
Es muy de su incumbencia  
defender la justicia y la inocencia,

ser benévolo y grato a los amigos,  
reconciliar discordes enemigos.  
Debe también su elogio y alabanza  
a la frugalidad y a la templanza,  
a un pueblo, reino o imperio venturoso  
donde florece el público reposo.  
Si a su juicio discreto  
confiaron acaso algún secreto,  
debe observarlo religiosamente;  
y con afecto ardiente  
suplicar a los dioses inmortales  
que, pródiga en bondad y parca en males,  
constante y oportuna,  
favorezca y aspire la fortuna  
a los buenos que fueron desdichados  
y abandone por siempre a los malvados.  
No fue la antigua flauta  
hecha según la misma traza y pauta  
que tiene la moderna, fabricada  
con mayor predicamento y adornada  
de marfil o metal, que ya ha podido  
disputar a la trompa su sonido.  
La antigua era sencilla  
y se hizo de una grulla en la canilla  
con pocos agujeros.  
A los teatros primeros  
y a sus concursos poco numerosos  
bastaban ecos menos armoniosos.  
A estas funciones sólo concurría  
la más honesta, moderada y pía  
porción del pueblo. Mas, después que el mando  
con sus armas fue Roma dilatando,  
después que sus murallas se extendieron  
y a su abrigo se vieron  
conurrencias festivas,  
grandes banquetes, bullas excesivas,  
y todo impunemente  
en la noble, mediana, ínfima gente,  
la música también y poesía  
crecieron a porfía.  
Y el rústico colono,  
no viviendo a este tono,  
¿qué sabría de estilos tan profanos  
a no mezclarse entre hombres más urbanos?  
Aumentado, pues, ya el músico oficio,  
añadió nuevo gusto y artificio

a la música antigua.  
El baile lo atestigua  
y la gran muchedumbre de tonadas  
que en el teatro vemos frecuentadas,  
donde el cómico tieso, airoso, erguido,  
mueve a compás la cola del vestido.  
Tuvo también la cítara sus veces:  
antes fue humilde, hoy cuenta muchas creces.  
Cuatro sus cuerdas al principio fueron,  
siete después le dieron,  
después aqueste número aumentaron.  
Asimismo los cómicos mudaron  
su estilo antiguo, llano y ponderoso,  
en otro más sublime y compendioso  
que, cuando lo superfluo en hablar quita,  
los délficos oráculos imita.  
Aun los mismos autores  
de tragedias, de muertes y de horrores  
ya en su trágico asunto  
insertan tal cual punto  
dulce, alegre y jocoso,  
como a Sileno, aquel viejo famoso,  
capataz de la turba borrachona,  
de sátiros que sigue a su persona.  
Es muy propio este medio  
para no causar tedio  
a un inmenso concurso detenido,  
después de bien comido y bien bebido,  
y que sin religión en aquel lance  
pretende divertirse a todo trance.  
Pero el gracejo o chiste,  
después de función grave, seria o triste,  
no ha de salir, aunque con otro traje  
del que hizo antes papel de personaje.  
Si te vieren conforme a tu decoro,  
lleno de galas y cubierto de oro,  
no has de abatirte luego.  
A una chocará ..., burla o juego  
de tiendas, de mesones,  
de tabernas, zahúrdas, bodegones;  
ni al contrario, por huir de aqueste vicio,  
has de perder por otro lado el juicio,  
levantando el estilo hasta las nubes,  
pues más tropiezos das cuanto más subes.  
Mi opinión será y es  
que no se mezclen chanza o entremés

con la tragedia, cuya majestad  
desdice de la burla y liviandad  
de Silenos, de sátiros, sainetes,  
de parpiés, contradanzas, minuets.  
Como si a una matrona grave, honesta,  
en los días de fiesta,  
la mandaran bailar hecha un andrajo  
con los ... abajo.  
Si acaso hiciera ... hermosas y los vieseis,  
no rimará, Pisones, que más dijereis  
entre ... jocosas  
usar tal vez palabras más hermosas,  
ni aunque puras comedias escribiera  
tan ... o tan supersticioso fuera  
en declinar la trágica expresión  
que no pusiera alguna distinción  
en las lenguas del amo o del esclavo,  
entre Pitias y Davo,  
entre Hércules y Aquiles  
y unas personas viles,  
entre Sileno, el gran cantor de Baco,  
y el lenguaje bellaco  
de Pitias, la taimada,  
que con maña y malicia refinada  
al buen viejo Simón  
se pilló su talento o su doblón.  
Si compongo algún drama fabuloso,  
andaré vigilante y cuidadoso  
que la ... o sea parecida ...  
y que a lo ...:  
la obra parecerá muy normal,  
y, al que no entiende, poco artificial.  
Mas si a hacer otra igual quiere aplicarse,  
no lo hará sin sudar o fatigarse.  
Tanto trabajo tiene  
la buena trabazón, tanto conviene  
la seria y armoniosa compostura,  
tanto adorno reciben y hermosura  
con aquestos desvelos singulares  
los asuntos mas obvios y vulgares.  
Si los faunos silvestres  
salen a hablar sus voces sean campestres;  
ni hablen de guerras, tratos, novedades  
propias de las ciudades,  
ni palabras obscenas ni estribillos  
que se aprenden en plazas y corrillos.

La gente distinguida  
del auditorio quedará ofendida  
si el autor, contra todo lo que debe,  
habla no más que al gusto de la plebe.  
Suele usarse en el drama  
cierto verso que yámbico se llama  
del pie con que veloz se forma y mueve.  
Cuando una larga sílaba a una breve  
se sigue y, aunque seis de estos pies cuenta,  
hay quien por dimensión más corta intenta  
que en lugar de senario  
debe llamarse trímetro o ternario.  
Bajo apellidos ambos  
constaba antes de solos seis pies yambos;  
hoy, en lugar de algunos de éstos, veo  
que le insertan también el pie espondeo  
para darle más peso y solidez  
cuando se debe hablar sin rapidez.  
Mas nunca el pie espondeo llegó a ocupar  
el segundo lugar,  
ni el cuarto de este verso: estos lugares  
tienen siempre pie yambo. Es bien repares  
que en los yámbicos de Accio, tan famosos,  
son muy raros los espondeos morosos,  
En los yámbicos de Ennio tan frecuentes  
y poco conducentes  
para hablar en la escena,  
prueba eficaz y conjetura buena  
que a su autor faltó el tiempo o el talento.  
No habrá cuatro entre ciento  
que, oyendo el metro, adviertan con cuidado  
cuántos acentos el poeta ha errado.  
Según lo que yo leo, veo y escucho,  
se disimula mucho  
con los poetas romanos  
y sus lectores demasiado humanos,  
o ya por ignorancia o por clemencia  
les han dado en errar amplia licencia.  
¿Y yo seré tan vil que por lo mismo  
me atreveré a seguir tal pedantismo?  
¿Sería tan insensato  
que, con seguridad y sin recato,  
al teatro a luz pública presente  
un poema indecente,  
confiado en que a todos gustará  
o que nadie mis culpas notará?



Aunque el vulgo de culpa me absolviera,  
entre los sabios gloria no adquiriera.  
Vosotros, si aspiráis a alguna ciencia,  
limpia, pura, castiza y sin falencia,  
seguid mi parecer, oíd mis ruegos,  
manejad noche y día autores griegos.  
Nuestros mayores, con elogio incauto,  
tuvieron por un gran poeta a Plauto:  
sus versos, gracias, sales,  
les parecieron tales  
que a cualquiera otro autor lo anteponen,  
¡cuánto condescendían!

.....  
Que consagro a las Artes Liberales  
cuyos nombres serían inmortales,  
si las nimias zozobras  
de ofrecer a la crítica sus obras,  
después de muy correctas y limadas,  
no las dejaran siempre sepultadas  
en un profundo olvido.  
Vosotros, ¡oh linaje esclarecido  
del excelso rey Numa!,  
tened Pisones por injuria suma,  
por culpa literaria enorme y fea  
excusarse un autor de la tarea  
que se imponen los sabios y eruditos,  
de limar sus escritos,  
cuyas imperfecciones  
corrigen muchos días, y borrones.  
Demócrito, a feliz naturaleza  
o al ingenio atribuye la destreza.  
En formar al poeta, si a la parte  
entra tal vez el arte,  
dice que servirá, pero de poco,  
que el buen poeta ha de picar en loco;  
que si uno y otro falta a su persona  
no catará los tragos de Helicon.  
Por eso, y por tomar la investidura  
de su vena y locura,  
hay muchos que no quieren afeitarse,  
ni las uñas cortarse,  
andan por los rincones todo el año  
y, aunque llenos de polvo, no usan baño:  
¡eficaces recetas  
para alcanzar el lauro de poetas!  
Yo apuesto que Licino, aquel barbero

tan célebre en su arte por su esmero,  
aun después que le honró y sublimó Augusto,  
no lograría el gusto  
de rapar a un poeta la mollera.  
¡Qué insensatez tan fiera!  
Fanática mentira,  
incurable aun con yerba de anticira.  
Yo, que para estar sano  
tomo siempre una purga en el verano,  
si de esta justa precaución no usara,  
fuera poeta, y nadie me ganara  
en hacer versos; pero a tanto precio  
ser poeta desprecio.  
Me contentara, pues, en imitar  
la piedra de amolar  
que, aunque cortar no puede ni las pajas,  
afila las navajas.  
Así, aunque en ser poeta no me empeño,  
su heroica arte enseño;  
descubro los copiosos minerales,  
donde se hallan poéticos caudales:  
digo lo que en su oficio  
es, a mi parecer, virtud o vicio.

## VII

*Propone ciertos preceptos generales: que la ciencia o filosofía, especialmente moral, es principio y fuente de escribir bien; que se debe aprender desde la niñez, cómo los poetas pueden deleitar y enseñar; que la poesía es semejante a la pintura, que sólo la perfecta debe ser estimada; que, no obstante, se deben disimular las imperfecciones ligeras; que la naturaleza, el arte, el trabajo y el exacto juicio de un censor prudente, forman y cultivan al poeta*

Es el sólido juicio y la prudencia  
origen de escribir con eminencia.  
Sócrates te confía,  
en su ilustre moral filosofía,  
materiales copiosos  
para escritos preciosos.  
Si la materia está bien prevenida,  
logrará tu expresión feliz salida:  
será pura, elegante,  
propia del caso, fluida y brillante.  
Quien enseña y escribe  
qué se debe a la patria en que se vive,

cuánto amor al amigo,  
qué urbana cortesía al enemigo,  
cuánto afecto y ternura  
a los padres y hermanos, qué cordura  
debe ser la de un juez o senador,  
qué militar pericia, qué valor  
el de un buen general; ese autor diestro  
merece ser de autores el maestro,  
a personas y objetos conocidos  
retrata con sus propios coloridos.  
Éste es el gran consejo  
que de inculcar no dejo:  
los exactos poetas y escritores  
han de ser con empeño imitadores  
de cualquier propiedad y acción humana,  
del trato de la vida cotidiana  
de los hombres; y aquesta imitación  
trasladará a su pluma la expresión  
más enérgica y más acomodada  
a la materia que ha de ser tratada.  
En varias ocasiones  
representan los cómicos acciones  
sin color, sin belleza artificial,  
sin otro adorno más que el natural;  
y el concurso por eso  
recibe mayor gusto y embeleso  
que al oír en la escena y en sus coros  
muchos versos tan altos y sonoros  
como aéreos, sin fuego y sin sustancia.  
Dieron las Musas toda su elegancia,  
ingenio portentoso,  
verso noble e idioma numeroso  
a los griegos, nación bien celebrada,  
y sólo en el honor interesada.  
A nosotros nos van haciendo objetos  
otros viles respetos.  
Los muchachos de Roma,  
desde que el uso de razón asoma,  
no aprenden más Retórica o Poética  
que aquella sola parte de Aritmética  
conducente al manejo del dinero:  
el partir por entero,  
medio partir, sumar,  
restar, multiplicar,  
los grados de unidad, las reducciones,  
pruebas, gastos, recibos a millones,

y nunca se ven hartos  
de hacer de un cuarto diez, treinta, o cien cuartos.  
Si yo acaso examino  
al niño, hijo de Albino,  
y le hago esta pregunta:  
de un quincunce que junta  
cinco onzas, quito una; ahora pregunto  
¿cuántas quedaron? Cuatro, dice al punto.  
Ahora añadir quiero  
una onza más al número primero,  
¿qué número me resta?  
Seis, me responde. ¡Heroica respuesta!  
Ya ese niño, con tal sabiduría,  
su casa y patria ilustrará algún día.  
Si a esta infame bajeza,  
si a esta codicia el ánimo se aveza,  
qué esperanza tendremos  
de que con nuestro estudio a la luz demos  
sabias obras que puedan estimarse,  
libro, poema digno de grabarse  
con la tinta de cedro incorruptible.  
La idea y el objeto más visible  
a que suelen los poetas aspirar  
es instruir a un tiempo y deleitar:  
si quieres instruir,  
debes tener cuidado de ceñir  
a términos muy breves tu instrucción;  
porque así hará impresión  
y dará golpe a los que leen o atienden;  
si es larga, o no hacen caso o no la entienden.  
Cualquier superfluidad entretejida  
al momento se olvida,  
y hace olvidar lo que era de importancia;  
como el manjar, si es nimia su abundancia,  
apenas al estómago nos toca,  
todo vuelve a salirse por la boca.  
Para causar deleite o diversión,  
la fábula que finges o la acción,  
por más que lleve admirabilidad,  
debe siempre frisar con la verdad.  
Mas no tienes derecho  
para que los oyentes den por hecho  
y crean cuanto quieras,  
si finges que las lamias carniceras,  
cocos nocturnos, vanos espantajos,  
a un niño hicieron tajos,

y cocido muy bien se lo comieron;  
cuantos niños lo oyeron  
sin tropezar en barras  
piensan estar del coco entre las garras.  
Los demás concurrentes entretanto  
hacen burla de tan pueril espanto:  
a los viejos, que buscan cosas útiles,  
inquietan mucho aquestos dramas fútiles;  
los mozos, divertidos,  
no están bien avenidos  
con función de tragedia o seriedad,  
y sólo gustan de jocosidad.  
Será muy grato a todos  
el que de varios modos  
haga un poema tan cabal y justo,  
que enlace en él la utilidad y el gusto.  
Este libro o poema tendrá venta,  
y a los librereros sabios mucha cuenta;  
pasarán sus renglones  
a extranjeras regiones,  
sus letras, hojas, pliegos y cuadernos,  
elogios de su autor serán eternos.  
En poetas, tal vez suelen hallarse  
ciertas faltas que deben perdonarse;  
porque suele la trompa, el plectro o lira,  
aun cuando el numen más feliz aspira,  
dar alguna repulsa  
al gran poeta que sus cuerdas pulsa,  
y el sonido, que darle grave pudo,  
lo despide disorde o muy agudo;  
al modo que la flecha disparada  
no siempre llega a donde fue asestada.  
Pues, cuando a maravilla  
en un poema la elegancia brilla,  
la utilidad, ingenio y proporción  
no han de ser de tan mala condición  
que, por aborrecer licencias anchas,  
igualmente me ofenden pocas manchas.  
Son las imperfecciones  
necesarias pensiones  
del humano linaje,  
por mucho que adelante y aventaje.  
Pero al modo que fuera reprehensible  
por necio e incorregible  
el impresor, que en un pasaje mismo  
siempre estampara un yerro o barbarismo,

después de muchas veces avisado  
por quien los borradores le ha enmendado;  
al modo que es forzoso a un violinista,  
o a cualquier guitarrista,  
que toda su ganancia y fama pierda  
si en una misma cuerda  
tropieza siempre y yerra su tañido;  
así el poeta siempre inadvertido  
en un mismo deslíz es despreciable,  
y sólo comparable  
con Cirilo, el versista tan baldío,  
de quien me admiro y río  
si encuentro por descuido entre sus heces  
que algo bueno escribió dos o tres veces.  
Al contrario, me lleno de impaciencia  
cuando hallo algún descuido o negligencia  
en el insigne Homero.  
Conozco que ya es mucho lo que quiero,  
y fuera rigor grande  
que en obras largas al autor se mande  
con imperio y con ceño  
o tomar tal cual vez un leve sueño.  
La poética hermosura  
es toda semejante a la pintura:  
una a lo lejos vista en una pieza  
descubre su belleza,  
otra, de cerca, a los observadores  
muestra con menudencia sus primores;  
una se ha de mirar a la luz clara,  
otra esconde su cara  
a los rayos del sol, y entre celajes  
se deja ver con exquisitos trajes;  
ésta es para mirada  
sólo una vez, aquélla siempre agrada.  
Tú, ilustre primogénito, honra y basa  
de los Pisones y su augusta casa,  
aunque de sabio el título te cuadre,  
como heredado de tu sabio padre,  
aunque por este título heredado  
con tu propia instrucción has aumentado,  
recibe esta advertencia,  
que es la mayor de toda nuestra ciencia:  
en otras cualesquiera facultades,  
artes, habilidades,  
pueden sus profesores y artesanos  
lícitamente ser sólo medianos.

Cualquier jurisconsulto,  
aunque de menor bulto  
que Cascelio y Mesala,  
puede ganarte el pleito en una sala,  
pero la poesía  
no sufre en sus alumnos medianía.  
De un poeta que sólo  
llega a mediano no hace caso Apolo,  
ni las Musas, ni Baco o las deidades,  
en cuyas fiestas o solemnidades,  
con alusivos temas,  
recitan los poetas sus poemas;  
ni las obras de autores semejantes  
en las tiendas verás o en los estantes  
de los libreros, pues para su cuenta,  
cuenta no tiene autor que no es de venta.  
Hará muy bien cualquiera que desprecie  
al poeta que no es grande en su especie.  
Un banquete opulento,  
antes que gusto me dará tormento  
si a mi oído molesta  
alguna mala música u orquesta,  
si aunque mi pobre estómago no arrostre  
con la miel sarda, me la dan de postre,  
si demás de esto está llena la pieza  
de perfumes, que turban la cabeza:  
sin estos adherentes,  
o dañosos tal vez o impertinentes,  
cualquiera una gran cena dar podía.  
Así la poesía,  
si en todo no es perfecta e inculpable,  
no tiene medio, y se hace detestable.  
El que de armas está destituido  
o no se halla instruido  
en aquel fuego y arte,  
que en el campo de Marte  
ejercitan los diestros luchadores  
como ensayo de bélicos furores  
no se expone arrestado  
a ser vencido y a quedar burlado.  
Quien siempre falta y peca  
jugando a la pelota y a la chueca,  
a la argolla, peonza u otros juegos,  
ni por convite alguno, ni por ruegos  
quiere entrar en un público partido  
donde conoce quedará perdido

a vista de quien es más diestro y pronto.  
Pues ¿por qué cualquier tonto  
sin un adarme de talento o veta  
se nos mete a poeta?  
¡Abuso intolerable!  
Es sujeto, dirán, recomendable  
por tener a las letras afición,  
pingüe renta o pensión,  
libertad y nobleza,  
virtud, juicio, entereza.  
Digan lo que dijeren  
los que no lo entendieren,  
yo te pido que no hagas ni una copla,  
si la Musa o Minerva no te sopla.  
Juzgo, Pisón amigo,  
que eres de mi opinión en cuanto digo;  
y que si algo escribieres,  
consultarás discretos pareceres,  
juez decisivo Mecio Tarpa sea,  
después que tu obra lea.  
También íntegros jueces ser podemos  
tu padre y yo, aunque tanto te queremos.  
Dada ya la censura,  
han de estar tus cuadernos en clausura  
y dentro del atril o papelera  
sin que salgan afuera  
en ocho o nueve años; entretanto,  
no sin admiración y sin espanto,  
podrás acaso corregir errores  
que tú o tus revisores  
antes no conocisteis,  
o ya no sois de la opinión que fuisteis.  
A lo menos podrás con más cuidado  
retocar lo que aún no hayas publicado;  
lo que llegó una vez a publicarse  
no puede ya enmendarse,  
sin confesar la culpa cometida.  
A esfuerzos de nuestra arte esclarecida,  
y honrados con las nobles cualidades  
de ministros del cielo y sus deidades  
llegó a domar Orfeo la bravura  
de una gente sin ley y sin cultura,  
en quien reinó la práctica tirana  
de mantenerse con la carne humana.  
Dicen también que dio la poesía  
a la lira de Anfión tal valentía,



tan suave aliciente,  
espíritu tan grande y elocuente,  
que al exigir de Tebas las murallas,  
las almenas, alcázares y vallas,  
le seguían las peñas  
sensibles de su música a las señas.  
El mundo antiguo y su sabiduría  
al bien particular anteponía  
el bien común de un pueblo o de un estado;  
de todo lo sagrado,  
lo civil y profano separaba,  
la liviandad vedaba,  
con rigor castigaba el adulterio  
y su absoluto imperio  
aseguró con la mayor prudencia  
al tálamo nupcial su consistencia.  
Fomentó las humanas sociedades  
y formó el plan de edificar ciudades,  
dando a sus habitantes y colonias,  
lenguas, leyes, costumbres, ceremonias.  
Aquestos documentos e instrucciones  
fueron sabias felices producciones  
de los poetas que las franquearon;  
así se acreditaron  
de heroicos, divinos, inmortales  
y padres de la patria universales.  
Igual gloria adquirieron  
Tirteo y Homero cuando florecieron,  
cuyos versos briosos  
encendieron los pechos belicosos  
de sus patricios a una ilustre guerra,  
que extendió su dominio a mucha tierra.  
Los oráculos santos y sagrados  
daban también en verso sus dictados:  
en verso se escribía  
la más culta y moral filosofía;  
si el favor de un monarca se buscaba,  
en verso se le hablaba;  
el estilo más grato, puro y terso  
de los juegos escénicos fue en verso,  
en versos o canciones  
finalizaban todas las funciones.  
Profesión tan ilustre e importante  
sólo algún mentecato o ignorante  
podrá tener valor de desdeñarla.  
Tú, atento a cultivarla,

si es que tamaña gloria no rehúsas,  
conságrate a las Musas,  
a Apolo y a su lira.  
Hasta el día de hoy vive y respira  
aquella gran cuestión:  
si los poetas y poemas son  
de tanta jerarquía y tal nobleza,  
o por el arte o por naturaleza.  
Yo, en vez de decidir, hago un convenio  
entre las dos sentencias: sin ingenio  
nada sirve la industria y artificio;  
ni el ingenio más fácil y propicio,  
destituido del arte,  
podrá de buen poeta acreditarte.  
Cuando el ingenio y arte a un tiempo aspiran,  
mutuamente conspiran  
en formar a un poeta soberano.  
Si en el circo aventino o vaticano  
al coto has de llegar de la carrera,  
desde la edad primera  
conviene ejercitarte  
en los trabajos que requiere el arte,  
sufriendo el sol ardiente del estío,  
tolerando hambre, sed, cansancio, frío,  
negándote del vino a los estragos  
y de Venus traidora a los halagos.  
Cuantos forman las músicas y orquestas  
de Apolo Pitio en las solemnes fiestas,  
antes de verse con el pulso diestro,  
sufrieron los castigos del maestro.  
Sólo en la poesía se desdeña  
aprenderla u oír a quien la enseña.  
Hay hombres de tal casta,  
que discurren les basta  
para ser ya poetas memorables  
hacer cuatro o seis coplas despreciables,  
y decir con grandísima frescura:  
mis poemas, hablando con lisura,  
son una idea llena de heroísmo,  
muy ajeno de ese otro pedantismo.  
Pues ¿por qué he de tener empacho alguno  
en contarme por uno  
de los grandes poetas?  
Los que así piensan usan varias tretas  
en llevar adelante su arrogancia,  
aun cuando les remuerde su ignorancia.

Si al escribir o hablar de algún asunto,  
se ofrece y viene al caso tal cual punto  
de que ignorantes se hallan,  
huyen, lo disimulan y lo callan.  
Hoy, cualquiera que tiene buena renta  
y compra un par de libros, luego intenta  
hacer un gran papel entre los sabios,  
entre críticos, poetas, astrolabios:  
se muestra placentero  
con los que hacen la corte a su dinero,  
y a costa de doblones  
oye con gusto mil adulaciones;  
de los que amigos suyos ser blasonan  
y por un gran poeta le pregonan.  
Otro, igualmente tonto y más galante,  
les da mesa diaria y abundante,  
ofrece protegerlos  
y en el pleito o la deuda socorrerlos,  
da por ellos fianzas,  
toma censos, los llena de esperanzas.  
Se interrumpe el asunto y sobremesa,  
un papel suyo lee, los embelesa,  
dicen de su talento maravillas,  
dan palmada en la mesa, bancos, sillas,  
los brindis se repiten  
y, aunque de oír al crítico se harten,  
vuelven luego a callar y el gran simplón  
vuelve también a leer su papelón.  
Fuera el mayor portento  
si en este tribunal tan turbulento,  
tan mentecato y tan adulador,  
se hallare un juez amigo y de valor  
que al necio y presumido cara a cara  
le corrigiese o le desengañara.  
Tú, al socorrer o desengañar a alguno,  
acuérdate que no es tiempo oportuno,  
antes bien ocasión nada segura,  
de dar a su censura  
una obra tuya, o buena o defectuosa.  
Si te la ve, dirá: «¡Qué bella cosa!,  
¡qué propiedad!, ¡qué estilo tan castizo!,  
hablo de veras, esto es un hechizo.»  
Dará una gran patada,  
fingirá su razón arrebatada  
de puro asombro y pasmo  
y acaso, con un práctico sarcasmo,

llegará entre alabanzas infinitas  
a derramar gozosas lagrimitas.  
Siempre las plañideras  
más expresivas son y vocingleras  
que los interesados  
en sus propias desgracias y cuidados.  
Lo mismo hace también la adulación  
de un censor alquilón  
que, con todo su cuerpo y coyunturas,  
alaba necedades y locuras  
con más empeño, más tenacidad,  
que el que alaba fundado en la verdad.  
Dícese que los reyes, sin tardanza,  
conocen quién merece su confianza  
haciendo que mucho vino beba,  
como auténtica prueba  
de que si queda dueño de su juicio  
no se le quitará otro maleficio.  
Advierte tú también de quién te fías  
en dar a corregir tus poesías,  
no sea que censores lisonjeros  
pasen luego a ser lobos carniceros.  
Si fuera tu censor Quintilio Varo,  
con mucho acierto y sin algún reparo  
te diría: «Anda ve, corrige presto  
ese verso, esas frases, esto y esto.»  
Si acaso replicases  
que tales pensamientos, tales frases,  
tal verso no acertabas a mudar,  
lo mandaba borrar  
o repetir de nuevo la experiencia,  
volviendo al yunque la mayor paciencia.  
Si alguno se obstinaba  
en defender su error, luego callaba,  
nada más corregía  
ni caso alguno hacía  
de que aquel atronado  
se quedara con su obra muy casado.  
Cualquier censor prudente,  
de buena fe y amigo diligente,  
no se muestra contento  
con los versos sin alma y sin aliento:  
tacha los escabrosos,  
borra los arrogantes y pomposos,  
los oscuros reprende,  
corrige la palabra que se entiende

en sentidos opuestos,  
quita hipérboles locos e inmodestos,  
en fin es un justísimo Aristarco,  
que consigo habla así: «Si yo soy parco  
en corregir las faltas de mi amigo,  
estoy lejos de amarle y le persigo,  
aunque ahora sus faltas sean leves,  
culpas escritas tornarán alevés;  
y si al público van con corrección,  
sólo sirven de burla y de irrisión».  
De un mal poeta todos se recatan  
y con mayor o igual desdén le tratan,  
que a quien tiene ictericia,  
sarna u otra inmundicia,  
o a quien es un fanático,  
un voltario o lunático,  
siguiéndole por toda la ciudad  
un tropel de muchachos sin piedad  
que entre el silbo, la ruina y el apodo,  
le tiran piedras, huesos, tronchos, lodo.  
El otro, por las calles va rondando  
versos mal digeridos, regoldando;  
y si estático, absorto,  
por haber dado un paso largo o corto,  
o se cae o tropieza,  
o se rompe una pierna o la cabeza,  
como quien anda a pájaros al verle,  
no hay uno que se mueva a socorrerle  
por más que grite y clame ¡por favor!  
Si alguno lo tuviese por rigor  
y a socorrerle fuera,  
yo se lo prohibiera  
diciéndole ¿qué sabes tú, ni yo  
si este hombre por su gusto se metió  
en ese precipicio?  
Como estaba a los ojos, yo hago juicio  
que él mismo pretendió hacerse famoso,  
perciendo en un lance tan ruidoso.  
Empédocles, el sabio agrigentino,  
por alcanzar honores de divino,  
a pesar de su ciencia y de sus luces  
en el Etna voraz se echó de bruces.  
Pues ¿por qué esta licencia ha de negarse  
al poeta que así quiere matarse?  
Si al que matarse quiere  
otro cualquiera se lo prohibiere,

el que iba a ser de sí propio homicida  
por no poderlo ser, pierde la vida:  
y así, deja a ese tonto que se mate.  
El mismo disparate  
intentó hacer en otras ocasiones,  
ni aunque ahora le perdones  
se hará mas razonable.  
Esa furia y prurito abominable  
de hacer coplas sin orden ni concierto  
o es plaga que sobre él echó algún muerto  
por haber sus cenizas violado,  
contra el fuero sagrado;  
o acaso es maldición  
por haber profanado el Panteón;  
o pena de haber puesto alguna huella  
en lugar que tocó rayo o centella;  
o yo no sé lo que es, pero es constante  
que él siempre está furioso y delirante.  
Y al modo que un concurso numeroso  
huyendo va de un oso  
que rompió sus prisiones,  
así verás huir a pelotones  
la gente noble, baja, ruda y sabia,  
de aquel poeta y su molesta labia.  
Pero, si acaso con alguno topa,  
le coge por la ropa  
o como amigo por los cabezones,  
desenvaina folletos, papelones;  
lee, recita, aunque el otro huir intente;  
muele, revienta al fin, mata al paciente,  
y con su consuelo se consuela,  
pertinaz, insufrible sanguijuela,  
que la cutis le saja,  
hasta que ya de gorda se desgaja.